

# Educación desde la Pedagogía de la Interioridad y Espiritualidad

Jalal Othman Nasif Arciniegas<sup>1</sup>

## Resumen

El presente artículo busca consolidar los estudios más relevantes sobre la pedagogía de la interioridad, su influencia en la educación y las variables que intervienen en su campo de aplicación. Como señala Torralba (1998), esta pedagogía está estrechamente ligada a la inteligencia espiritual y a los elementos metafísicos que la conforman. Su visión del ser humano con referencia a la persona, al espíritu y al yo, constituye la identidad misma de la condición humana en sus dimensiones física, emocional, mental y espiritual.

Hablar hoy de pedagogía de la interioridad no es un asunto menor. En sociedades donde la vida cotidiana avanza a un ritmo vertiginoso y las acciones parecen carecer de sentido, detenerse a reflexionar resulta casi un lujo. Los valores individuales y colectivos se transforman de manera constante, debilitando las virtudes humanas, mientras se privilegia un modelo educativo que forma para la praxis mecanicista antes que para la plenitud del ser. De ahí la necesidad de ir más allá de las meras sensaciones que produce el comportamiento, y avanzar hacia reflexiones conscientes que nos permitan construirnos de manera auténtica. Como afirma Pallarés (1998), se trata de caminar hacia una cultura de la interioridad para reencontrarnos con nuestro yo esencial y fundamental.

En este camino, un reto decisivo para la educación desde la interioridad y la espiritualidad es superar prejuicios e ideas preconcebidas, muchas veces sustentadas en formas de religiosidad estática que impiden comprender la verdadera naturaleza de la inteligencia espiritual. En medio de tantas prácticas religiosas que solo buscan externalizar creencias, la espiritualidad debe ser reconocida como una fuerza que brota desde dentro de la propia naturaleza humana, como motor de sentido y plenitud, de acuerdo con Palacios (2015).

**Palabras clave:** pedagogía, educación, interioridad, espiritualidad, religión.

## Introducción

El significado etimológico de la palabra “educación” proviene del latín “educare”, que significa guiar o conducir. Esta conducción permite al ser humano, en su proceso evolutivo de hominización, perfeccionar las condiciones inherentes a su existencia, armonizando sus acciones con el entorno y con el dominio de sí mismo, para alcanzar así el goce pleno del proceso de humanización.

El hombre, como único ser viviente dotado de una dimensión mágica y multidimensional, posee lo que podríamos llamar la facultad de facultades, y entre todas, la más sublime que es la capacidad de asombro (“El hombre y la cultura”, 2012). Sin embargo, cuando olvida esta condición, pierde de vista que el camino hacia la divinidad pasa necesariamente por sí mismo. Si no logra transitar del hombre instintivo, centrado en lo físico y mental, hacia el hombre integral, social, emocional y espiritual, se corre el riesgo de dejar de ser un sujeto civilizado y asombroso.

Educar, en consecuencia, es un proceso integral y multidimensional que involucra todas las estructuras de la persona y transforma cada una de sus facetas. Supone configurar tanto las potencias materiales como las espirituales o, como afirma Avilés (2005), destapar los profundos misterios del universo, de la vida y del nacimiento del ser humano. La educación abre así un horizonte de discernimiento que atraviesa opciones filosóficas y creencias religiosas, las cuales oscilan entre la estaticidad de paradigmas convencionales y el dinamismo interior como fuente inagotable del afrontamiento existencial.

## Espiritualidad y Religiosidad

Desde sus inicios el hombre ha confundido estos dos conceptos relacionándolos indistintamente en las circunstancias elementales de la vida. Por una parte, la religiosidad, representa el sistema de creencias, ritos y prácticas que se han replicado a lo largo de la historia de la humanidad. Ahora bien, en mayor o menor grado, la religiosidad es entendida por algunos autores, como un componente más que se encuentra dentro del concepto de espiritualidad, aunque la religiosidad no necesariamente constituya un estado de espiritualidad.

Para Nogueira (2015), la espiritualidad hace referencia a la experiencia de lo divino. Según la información postulada por esta autora, la espiritualidad es de naturaleza personal, singular, dinámica y específica, con una variable importante frente a la religiosidad y es que esta trasciende incluso el componente biológico, psicológico y social de la vida de los individuos.

<sup>1</sup> Magister en Neuropsicología y Educación, Universidad Internacional de La Rioja. Director del Departamento de Humanidades, Universidad CESMAG. Correo electrónico: jonasif@unicesmag.edu.co

Por lo tanto, la espiritualidad gestiona desde la interioridad del individuo para la búsqueda de su integración con la vida y el mundo. Es desde este estado interno, en el que la persona despliega su singularidad y en un estado posterior es donde logra expresar esta espiritualidad como sujeto social.

Por otra parte, la religiosidad se representa directamente en el ámbito social a través de comportamientos específicos y valores que direccionan la vida de los creyentes interesados en la búsqueda de lo divino, aunque no necesariamente en búsqueda de la experiencia de lo divino.

Resulta importante subrayar que la espiritualidad está encaminada al autocontrol y dominio de sí mismo. Esto implica que existe una corresponsabilidad frente a la experiencia de lo divino y que el grado de espiritualidad en las personas está relacionado con el valor personal para el afrontamiento de las crisis presentes en la condición humana, contraria a la religiosidad que experimenta la supresión de la singularidad personal, al creer que la experiencia divina modifica las pautas del comportamiento sin experimentar la presencia de lo divino.

Autores como Quinceno & Vinaccia (2009) han encontrado, en la literatura existente, estudios que proponen tres estilos de afrontamiento de las crisis presentes en la condición humana, y que se relacionan con la forma en que las personas experimentan la espiritualidad y la religiosidad: (1) el estilo autodirigido, en el cual las personas confían en exceso más en sí mismas que en la divinidad para resolver sus problemas, es decir, la ausencia de espiritualidad se manifiesta en la medida en que existe una negación de experimentar lo divino en la interioridad; (2) estilo elusivo o evitativo, en el que la responsabilidad únicamente le confiere a la divinidad, estando preferentemente en el estado de religiosidad, puesto que se está en la búsqueda de lo divino, sin experimentar esa necesidad y (3) el estilo colaborativo, en el que se establece una relación y una dinámica funcional y compartida entre el hombre y la divinidad en el proceso de afrontamiento existencial. De manera que, de los tres estilos expuestos, únicamente el tercero correspondería a una experiencia real de la espiritualidad, puesto que trasciende la mera religiosidad dada desde lo externo.

### **Educación e Inteligencia Espiritual**

Para Rodríguez (2013), la inteligencia espiritual es la capacidad de encontrar un sentido profundo de la existencia, situándose uno mismo respecto al universo y así meditar sobre el significado de la vida, la muerte, y el destino final del mundo físico y psicológico.

Esta definición resulta, sin duda, inquietante en el sentido de que resalta los mecanismos físicos y psíquicos que se producen como resultado de una aplicación e interiorización de la inteligencia espiritual. Más aun, hace énfasis en la capacidad de encontrar sentido a la existencia que emana de esta inteligencia; pero ¿cómo encontrar sentido a la existencia? es una pregunta eminentemente trascendental, de ahí que sería necesario adherirla al componente cultural en el que cada persona experimenta su propia espiritualidad de manera individual. Sería entonces, acceder a una construcción simbólica del sentido de vida que se tenga, ya que Rodríguez (2013) considera que la inteligencia espiritual puede estar genéticamente programada o mediada por la cultura, debido a que el cerebro está diseñado biológicamente para procesar contenidos espirituales.

Si se acuña el término con una proximidad a la vida ordinaria, en "Inteligencia espiritual en la organización del siglo XXI" de Ferreira (2014) se puede encontrar que una de sus definiciones es la de tener la capacidad para aplicar y encarnar recursos espirituales y cualidades, que mejoren el funcionamiento diario y el bienestar tanto propio como colectivo e incluso organizacional.

Este funcionamiento diario no debe ser entendido como algo ajeno y alejado de la vida misma en su carácter sociocultural, pues la espiritualidad debe ser canalizada en la vida diaria a través de la propia inteligencia del ser humano, transformando los estilos de vida hacia el reconocimiento y afrontamiento de las dificultades presentes en la vida diaria. Torralba (2012) propone una educación para el cultivo de la inteligencia espiritual a partir de prácticas habituales como el silencio interior, la práctica asidua de la soledad, la experiencia de la fragilidad, la práctica de la solidaridad, el deleite musical, la contemplación, el disfrute de lo espiritual a partir del arte y el goce estético que se convierten en acciones vinculantes por un fuerte sentido de existencia y reconocimiento de la condición de humanidad. Estas prácticas necesitan, como única condición, desplegar en mayor proporción la inteligencia espiritual para que se brinde al servicio de la sensibilidad, sensibilidad frente a las necesidades de sí mismo y a las de otros.

### **Cultura**

La cultura podría entenderse a nivel de macrosistema, siendo esta la comunicación espiritual entre los pueblos, pero también se la podría entender a nivel de microsistema como comunicación espiritual entre los individuos.

En este orden de ideas, Korstanje et al. (2008) sostienen que esta comunicación está zanjada por la inestabilidad en las relaciones humanas y de los propios individuos, sea a nivel de culturas generales o de culturas relativamente específicas. En todo caso, estas relaciones se encuentran atravesadas, como dice Bauman (2000), por una modernidad líquida caracterizada por su bajo nivel de penetración espiritual, en donde el mundo se representa como lugares vacíos donde los síntomas de una sociedad desprotegida y enferma son inminentes (Corona, 2006).

No sin razón, para muchos, la sociedad representada en la cultura puede entenderse como un organismo, cuyos fenómenos y acontecimientos pueden abordarse de la misma manera que un especialista examina y estudia un tema específico. La lógica del organismo establece que una sociedad está formada por un conjunto de unidades individuales dotadas de vida propia, entre estas unidades los rasgos y antecedentes socioculturales de los que hacen vida en ella.

La sociedad, tal como sucede con todo organismo vivo, llega a enfermar o a verse seriamente amenazada por elementos nocivos que pueden afectarla estructural y funcionalmente, poner en riesgo su integridad o incluso su vida y dinamismo. Aunque no todas las sociedades son iguales, ni todos sus componentes comparten las mismas características; existen elementos que afectan a todas sus capas, aunque sus efectos son más evidentes en unas comunidades que en otras. Por lo tanto, sería prudente reconocer que una cultura que alimenta, a través de sus prácticas sociales, elementos fundamentales para la vida, necesariamente abriría el camino para la comprensión de la dignidad humana en todas sus dimensiones, excepcionalmente la dimensión espiritual de la que se desprenderían todas las demás: física, social/emocional y mental.

## Conclusiones

La educación, desde la pedagogía de la interioridad y la espiritualidad, nos recuerda que el verdadero cambio comienza en lo más profundo del ser humano. En un mundo acelerado y muchas veces vacío de sentido, volver a la interioridad es un acto urgente y necesario para recuperar nuestra capacidad de asombro, encuentro y construcción de comunidad.

Formar en inteligencia espiritual no significa enseñar dogmas, sino abrir caminos hacia el autoconocimiento, el respeto, la compasión y la solidaridad. Se trata de una propuesta educativa que invita a cada persona a integrar todas sus dimensiones –física, emocional, mental y espiritual– para vivir con mayor plenitud y proyectar sociedades más humanas.

En definitiva, apostar por esta pedagogía es apostar por una cultura que reconozca la dignidad de cada ser humano y que, desde la interioridad, se atreva a transformar la realidad con esperanza.

## Referencias

- Avilés Anaya, H. (2005). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. *Ra Ximhai*. <https://doi.org/10.35197/rx.01.03.2005.14.ha>
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Corona, B. (2006). La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido? *Revista Política y Cultura*, (26), 267-270. <https://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n26/n26a14.pdf>
- El hombre y la cultura. (2012). *Revista Universidad EAFIT*.
- Ferreira, E. (2024). La Inteligencia espiritual en la organización del siglo XXI. *Orbis. Revista Científica Ciencias Humanas*, (29), 194-214.
- Korstanje, M., Bauman, Z., & Econ, C. (2008). Vida de consumo. *Nómadas*.
- Nogueira, M. J. (2015). Espiritualidad y su relación con el bienestar subjetivo y psicológico. *Revista de Investigación en Psicología Social*, 1(2), 33-36.
- Palacios Vargas, C. (2015). La espiritualidad como medio de desarrollo humano. *Cuestiones Teológicas*, 42(98), 459-481.
- Pallarés González, J. (1998). Hacia una cultura de la interioridad. *EA, Escuela Abierta: Revista de Investigación Educativa*, (1), 31-46.
- Quinceno, J. M., & Vinaccia, S. (2009). La salud en el marco de la psicología de la religión y la espiritualidad. *Diversitas*, 5(2). <https://doi.org/10.15332/s1794-9998.2009.0002.08>
- Rodríguez, S. T. (2013). Inteligencia espiritual. *SAPIENS*, 14(1), 13-22.
- Torralba Roselló, F. (1998). *Metafísica de la interioridad*. Ars Brevis.
- Torralba, F. (2012). *El cultivo de la inteligencia espiritual*. Cuadernos Formativos.